

Paseos singulares por Madrid

Autoría: Concha D’Olhaberriague y Ruiz de Aguirre

Afiliación: Licenciada en Filología Clásica; Doctora en Filología Española

SECCIÓN	PÁGINAS	IDENTIFICADOR
Madrid, patrimonio y literatura	69-76	TDL-84-2025-069-076

TIPO DOCUMENTAL

Crónica cultural y presentación de libro

RESUMEN DOCUMENTAL

Texto derivado de la presentación del libro Paseos singulares por Madrid, que propone una aproximación personal y literaria a la ciudad mediante recorridos por miradores, jardines, espacios históricos y enclaves menos frecuentados. La autora explica el criterio de selección y la estructura abierta del volumen y defiende una lectura de Madrid basada en recuerdos, afinidades, curiosidades y experiencias vinculadas al patrimonio urbano.

PALABRAS CLAVE

Madrid · paseos · patrimonio urbano · jardines · literatura · turismo cultural · memoria

CITA BIBLIOGRÁFICA

Concha D’Olhaberriague y Ruiz de Aguirre. «Paseos singulares por Madrid». Torre de los Lujanes, n.º 84, 2025, pp. 69-76. ISSN 1136-4343.

Paseos singulares por Madrid

Por
Concha
D'Olhaberriague y
Ruiz de Aguirre²⁴

Licenciada en
Filología Clásica
Doctora en
Filología Española.

El pasado 16 de enero del corriente año del 2025, cuando conmemoramos los doscientos cincuenta años de vida de la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, tuve el placer y el honor de pronunciar en su elegante salón de actos -al que se accede desde la calle del Codo, entrando por la puerta más antigua de Madrid- una conferencia con motivo de la publicación de mi libro *Paseos singulares por Madrid*, que vio la luz unos meses antes.

²⁴ Licenciada en Filología Clásica y Doctora en Filología Española. Miembro del grupo Humanismo-Europa de la Universidad de Alicante, Miembro del Consejo Editorial de la colección “Clásicos Hispánicos”. Autora de “El pensamiento lingüístico de José Ortega y Gasset” (2009) y “Vida de María de Maeztu” (2013). Columnista en el periódico *El Imparcial*, y autora de la sección “De Madrid al cielo” en la revista *Alfa y Omega*. Traductora e intérprete. Miembro de la delegación española en el *Salón Internacional de Otoño* de París. Impulsora de iniciativas como la *Tertulia Ramoniana*. Ha promovido paseos lite-

Mi amigo Gonzalo Hidalgo Bayal, uno de los mejores escritores españoles y generoso autor del prólogo del libro, me preguntó, amable y cortés si me gustaría que lo titulara: “Los paseos matritenses de Concha D’Olhaberriague”. Le respondí sin dudarlo que me parecía de maravilla; el adjetivo matritense me evoca al gran Mesonero Romanos, uno de mis acompañantes imaginarios, con Ramón Gómez de la Serna, en el callejeo divagatorio por la ciudad. Asimismo, le comenté a Gonzalo que estaba invitada a presentar el libro en la Matritense.

La solera y la calidez del caserón medieval que alberga la Real Sociedad crearon un ambiente propicio. Yo me encontraba realmente entre amigos, y así lo manifesté. José Manuel Castellanos fue colega y vecino de departamento del instituto Gran Capitán, y conocí al presidente de la Real Sociedad, Manuel Rodríguez Alcayna, hace ya tiempo en el Ateneo. Con ambos he compartido paseos, celebraciones de homenaje a Larra en la Sacramental de San Justo y alguna tertulia ramoniana en un café que tuvo su asiento en los bajos de la casa natal del escritor, de la que me ocupó en “Diez rincones de los Austrias”. José Manuel y Manuel fueron los presentadores.

Cuando el libro estaba aún en una fase inicial -me gustaría apuntar- llevaba el título de *Diez paseos singulares por Madrid*. Por este motivo, tal vez sin planteármelo como un propósito, resultó que la decena se me antepuso igualmente al redactar las iglesias periféricas, y el último apartado del libro consta también de una decena de jardines semiocultos.

Más tarde, sin embargo, vislumbré que estamos fuertemente configurados por el sistema métrico decimal. Pensamos de diez en diez o de cinco en cinco, y así fue cómo se me impuso tal cómputo

rarios, artísticos y gastronómicos por barrios históricos de Madrid, que han dado lugar al libro “*Paseos singulares por Madrid, centro y alrededores*”

de manera indeliberada y natural, aun cuando desapareciera posteriormente el numeral del título del libro.

En mi ánimo no estaba redactar una obra provista de una secuencia coherente de principio a fin ni centrada a fondo en un monumento o un barrio. Mi voluntad fue, en cambio, presentar retazos de la ciudad, lugares que me son especialmente queridos por motivos personales, afinidades, recuerdos o vivencias, de forma que el compendio pudiera leerse -salvo en el caso del primer apartado, el de los miradores, con el que es recomendable comenzar- en el orden que cada lector elija, dejándose llevar por su intuición, gusto e impulso personal.

Si he logrado tal propósito es cosa que han de decirlo los lectores, pues, tal como escribió el maestro José Ortega y Gasset, en su primer libro filosófico: *Meditaciones del Quijote* (1914), “La obra se completa completando su lectura”.

No obstante, dadas mis aficiones y mi profesión era pertinente introducir una excepción en lo atañadero a no tratar ningún lugar a fondo. Me refiero, claro está, al barrio de Las Letras, escenario de vida y andanzas, no siempre ejemplares, de los grandes escritores de varios siglos, empezando por los del Siglo de Oro. Cervantes, Lope de Vega, Quevedo, Rojas Zorrilla y Góngora tuvieron su morada en calles que, en algún caso, hoy portan sus nombres. Sin embargo, no fueron los únicos que correataron por aquellas callejuelas cortadas por costanillas, travesías, plazoletas y patios huertanos por entonces. Bien nos lo recuerda el nombre que aún pervive en la vía más renombrada, con frecuencia epónima del entorno: Huertas.

Desde que cursé Filología Clásica se desarrolló en mí el gusto por la arqueología. He recorrido tres continentes con mis colegas de Estudios Clásicos visitando yacimientos de renombre como la capital del imperio de los hititas, Hattusa, en Turquía, la ruta

etrusca de la Toscana o los templos de Luxor en Egipto, sin menospreciar otros sitios mucho más modestos, no carentes, empero, de interés histórico y cultural.

En mi libro sobre Madrid la muralla, o las murallas mejor, tenían que estar presents, pues, con la relevancia que les corresponde. El hecho de que haya que documentarse primero, esforzarse por encontrarlas a continuación y, a veces, hacer gala de un cierto desparpajo y osadía para entrar en viviendas cuyos bajos adornan los viejos paños murales es un aliciente adicional para el explorador, detective y curioso buscador de los vestigios murales matritenses.

Tengo la suerte, como ya quedó dicho, de disfrutar de la amistad de uno de los mayores estudiosos y entendidos, José Manuel Castellanos, a quien he acudido para documentarme siempre que lo requiera, de la misma manera que recurrí a Demetrio Castro, hijo de un antiguo presidente de la Matritense, por cierto, para solventar dudas y puntualizar extremos de tipo histórico con el fin de no repetir errores anclados en la tradición libresca, tales como atribuir a Josefa Tudó, conocida por Pepita Tudó -mujer que acabó siendo esposa de Godoy tras convivir con él algún tiempo- la condición de modelo de La Maja de Goya.

El barrio al que antaño se llamó de Las Musas y de Los Escritores vio surgir las tertulias de ilustrados como los Moratín, Nicolás y Leandro, frecuentada por Goya, uno de los pintores más vivos e influyentes en nuestros días, que a su faceta de ilustrado suma la de romántico.

En San Sebastián se casó Mariano José de Larra “pronto y mal”, como recoge un famoso artículo suyo. Perteneciente, como el pintor aragonés, a las tendencias ilustrada y romántica, residió en dos enclaves distintos de Las Letras. La casa de la calle del Prado con Príncipe no se conserva; por el contrario, sí está en pie, convertida en un hotel, la que habitó en Visitación, hoy Fernández y González.

La presencia de Francisco de Goya y Lucientes en Madrid cobró con el tiempo una importancia máxima. La nuestra es la ciudad a la que acuden gentes de todos los confines del mundo para admirar su obra. Goya ha dejado constancia de las facetas festivas y luctuosas vividas por el pueblo de Madrid.

Miguel de Unamuno se inspira en el Madrid “aristodemocrático” del pintor, el que vemos por excelencia en *La Pradera de San Isidro*, al escribir sus artículos más sentidos de la ciudad que acabó por conquistarle en los años de la República, tras la primera impresión pavorosa que tuvo al llegar de joven, con tan solo diez y seis años, como estudiante “morriñoso”, recuerda él mismo.

Por Goya, pintor de Corte, fueron retratados reyes, nobles y plebeyos, cómicos, niños, viejos, santos y locos. Era, pues, de justicia, dedicarle un apartado específico en un libro sobre Madrid, ciudad que alberga, junto a la mejor colección de pintura de Goya, las planchas de los grabados y su tórculo; dos iglesias: *San Francisco el Grande* -donde pintó una capilla-, y la cúpula y las pechinas de San Antonio de la Florida, obra maestra de excepcional singularidad, amén de numerosos parajes vinculados a la vida y al laboreo del artista en Carabanchel, el Madrid antiguo y El Pardo.

En la calle del León se encontraba el Mentidero de Representantes, lugar de encuentro de gentes de la farándula, y no muy lejos estaban los teatros de *La Cruz* y *El Parnaso*, uno de los más antiguos del mundo, en pie y en activo con gran acogida de público desde el siglo XVI. Hoy lo conocemos como *Teatro Español*, y tiene dos salas, la *Principal*, provista de una elegante ornamentación en pan de oro y asientos en granate con hueso, y una sala de cámara, *Margarita Xirgu*, muy moderna, construida en el siglo XX en un solar anejo al coliseo.

El gran Calderón de la Barca, uno de los mejores dramaturgos de todos los tiempos, residente en las inmediaciones de la Plaza Mayor,

se dejaba ver por Las Letras con frecuencia. En la Calle de Atocha con salida trasera por Huertas, donde estaba el cementerio, se halla la iglesia de San Sebastián, en la que se rinde culto desde aquellos tiempos a la Virgen de la Novena, patrona de los comediantes.

Aún en nuestros días, un sábado al mes, se celebra una misa en conmemoración suya, oficiada por un sacerdote actor. Tuve la suerte de asistir en una ocasión con una amiga y actriz retirada, Pilar Pastor, que me invitó a acompañarla al ver el interés que suscitaba en mí la misa calderoniana. Al salir de la iglesia la comunidad de actores, sacerdote incluido, departe amistosamente compartiendo un aperitivo en alguno de los bares de la plaza de Santa Ana o de sus inmediaciones.

El inolvidable profesor y amigo Antonio Regalado, en el muy sólido, extenso y ameno libro sobre el teatro en el Madrid de Felipe IV: *Calderón y los orígenes de la Modernidad en la España del Siglo de Oro* (1995), refiere una peripecia hilarante muy significativa de la vivacidad e importancia de que gozaba el teatro en aquel tiempo. Un día, durante la misa en San Sebastián, el oficiante sufrió un percance mientras pronunciaba el sermón. Mas ahí estaba para echarle un capote el popular cómico Roque Figuerola, quien sustituyó sin menoscabo alguno al sacerdote y concluyó su discurso para agrado de los feligreses.

Siento preferencia por el Madrid más antiguo, el medieval y los Austrias, aunque también me resultan muy atractivos el Madrid borbónico, el barrio de Salamanca, donde pasé mi adolescencia, los antiguos pueblos, hoy integrados en Madrid: Vallecas, Carabanchel, Vicálvaro, Canillejas, Chamartín, Hortaleza y Fuencarral o las vistosas colonias de hotelitos que perduran venturosamente repartidas por barrios de la urbe. Así, la Prosperidad, Retiro, La Latina, Carabanchel, con su preciosa Colonia de la Prensa o Chamartín, con El Viso, donde residía el ingeniero de caminos y destacado escritor experimental del siglo XX, Juan Benet, quien escribió una

extensa novela inconclusa sobre la guerra civil española con arreglo a modelos de los historiadores clásicos griegos y romanos que prestaban una atención minuciosa a las estrategias y las tácticas militares: *Herrumbrosas lanzas* (1999).

Las localidades que fueron anexionadas a la capital a mediados del siglo pasado atesoran una historia y conservan unos rasgos, testimonio de su pasada condición autónoma, que les confieren una fisonomía distinta a la de los barrios surgidos por extensión natural de la ciudad. Por tal razón les dedico un lugar preferente en el apartado al que di el nombre, mencionado antes, de “Diez iglesias periféricas”, y hablo de las peculiaridades de Carabanchel en otro espacio que lleva tal rótulo.

En nuestra ciudad disfrutamos de numerosos jardines privados y públicos, zonas verdes anchurosas y kilométricas como Madrid-Río, parques y hasta bosques de extraordinaria riqueza y antigüedad como la Casa de Campo, la Dehesa de la Villa o El Pardo. No me fue fácil la elección al confeccionar el libro, estando como estaba persuadida de que era preciso incluir algunas páginas ilustradoras de estos lugares de refugio y solaz, tan gratos y necesarios para el urbanita agobiado por los apremios de la capital.

Tras cavilar una y otra vez llena de dudas me incliné por incluir el parque que más frecuento, El Retiro, cuya historia sintetiza en buena medida la de nuestra ciudad y, si me apuran, la de nuestro país o al menos encierra un reflejo parcial de él a través de la vida de la Corte y sus fastos. La preeminencia del que en un tiempo fue considerado “el parque de Madrid” es patente en las artes, entre ellas la literatura. Cuatro fragmentos extraídos de novelas de Pío Baroja, Ramón Gómez de la Serna, Rosa Chacel y Luis Landero nos instruyen acerca del Retiro en tanto que escenario por donde pululan criaturas de ficción.

Como complemento del Madrid verde, seleccioné otros diez jardines no tan conocidos, diversos y peculiares por razones distintas y poco frecuentados. La mayoría pertenece a una institución, motivo por el cual son jardines secundarios que no reciben la atención merecida. Así los del Centro de Arte Reina Sofía, Museo de San Isidro o Museo del Romanticismo, si bien este precioso jardinillo goza del aprecio de ciertos vecinos bien avisados.

Es poco oportuno -y nada elegante- que sea el autor de un libro quien opine de lo que de original aporta su trabajo. Aun así, y estando muy de acuerdo con tal premisa, voy a permitirme señalar que el apartado de *Paseos singulares por Madrid* que más sorpresa ha causado entre los lectores ha sido el destinado a la ruta franciscana bajo tal marbete.

Es una lástima que la trinidad de iglesias valiosas, pertenecientes a dos ramas de la orden franciscana, que se agrupan en un tan corto espacio no puedan ser visitadas una tras otra por encontrarse cerrada al público la consagrada al Cristo de los Dolores.

Si, por ventura, mi libro sirviera para dar a conocer a lugareños y visitantes un recorrido que evoca, por añadidura, leyendas y devoción popular, vinculada a San Isidro Labrador y la Virgen de la Paloma, no habría sido escrito en vano.

En fin, este trabajo caprichoso y personal quiere ser una invitación a redescubrir con calma, curiosidad y sosiego lo cercano, lo que quizá de forma precipitada damos por sabido. Pero, ay, que no se me olvide precisar que no se trata en modo alguno de una guía destinada a quienes deseen conocer Madrid.

Bien lo dice en el prólogo mi amigo Gonzalo Hidalgo Bayal, a quien conviene hacer mucho caso.